



## V

**J**UANA la Larga, según queda indicado, gracias á su constante actividad, buen orden y economía, en todo lo cual su hija le ayudaba con inteligencia y celo, había mejorado de posición y de fortuna. Tenía una criada muy trabajadora, que barría y fregaba, y bajo la dirección de las señoras guisaba también, dejando á éstas el tiempo libre para ejercer sus lucrativos oficios. El oficio principal de Juanita era coser y bordar, para lo cual había desplegado aptitud superior á la de su madre.

Juanita no tenía que emplearse en más bajas ocupaciones. Sin embargo, ora fuese por candorosa coquetaría, ó sea por deseo de lucir la gallardía de su persona, deseo de que no se daba cuenta, ora porque Juanita necesitase del ejercicio corporal y de mostrar y desplegar la energía de su sana naturaleza, Juanita, aun cumplidos ya los diecisiete años, gustaba de ir por agua á la fuente del ejido, allanándose á veces, á pesar de

la desahogada posición de su madre y de ella, á ir al albercón á lavar alguna ropa, cuando la ropa era fina y temía ella, ó aparentaba temer, que manos más rudas que las suyas la estropeasen.

La verdad era que esto de ir al albercón y á la fuente, más que fatiga era recreo y solaz para Juanita, la cual divertía á las otras muchachas con sus agudos dichos y felices ocurrencias, las hacía reír á casquillo quitado y gozaba de popularidad y favor entre ellas.

Era ya Juanita una guapa moza en toda la extensión de la palabra. Las faenas caseras no habían estropeado sus lindas y bien torneadas manos, y ni el sol ni el aire habían bronceado su tez trigueña. Su pelo negro, con reflejos azules, estaba bien cuidado y limpio. No ponía en él ni aceite de almendras dulces ni blandurilla de ninguna clase, sino agua sola con alguna infusión de hierbas olorosas para lavarle mejor. Le llevaba recogido, muy alto, sobre el colodrillo, en trenza que, atada luego, formaba un moño en figura de dos triángulos equiláteros que se tocaban en uno de los vértices. Como Juanita decía que cabeza loca no quiere toca, casi siempre iba á la fuente sin pañuelo en la cabeza, luciendo así el primor y la pulcritud de su peinado y dejando ver lo bien plantada que estaba la cabeza sobre su airoso cuello, sólo sombreado por algunos ricitillos menudos, que se sustraían á la cautividad en que tenía el moño los más largos cabellos. Por delante, recogido el pelo, dejaba ver la tersa frente, recta y chiquita, y sobre las sienes tenía

grandes rizos sostenidos con horquillas, que llaman por allí *caracoles*, por bajo de los cuales había una suave patillita, que no fijaba ella contra la cara con zaragatona ó pepitas de membrillo, como hacen otras muchachas, sino que dejaba flotar libremente en vagas sortijillas ó más bien alcayatas donde colgar corazones.

La misma libertad en que se había criado, y el constante ejercicio corporal, ya en útiles faenas, ya en juegos más de muchacho que de niña, habían hecho que Juanita, aunque no tenía la santa ignorancia, ni había vivido con el recogimiento que recomiendan y procuran otras madres celosas, no había pensado todavía en cosas de amor. Era buscada, requebrada y solicitada por no pocos mozos, pero, brava y arisca, sabía despedir huéspedes, imponer respeto y tener á raya á los más atrevidos.

Sólo se le conocía una inclinación que, desde la niñez, persistía en ella con constancia; pero esta inclinación, al menos por su parte, más que de afecto amoroso, tenía trazas de fraternal cariño. Quien le inspiraba, compartiéndole sin duda por menos inocente estilo, era Antoñuelo, el hijo del maestro herrador, y sobrino del cacique, quien tenía en el lugar muy humilde parentela.

Antoñuelo era un mocetón gentil y robusto, muy simpático, aunque de cortos alcances, y decidido para todo, y singularmente para admirar á Juanita, á quien consideraba y respetaba, sometiéndole á ella toda su voluntad, como por virtud de fascinación ó de hechizos.



## VI

**E**NTREGADO D. Paco á sus constantes y diversos quehaceres no sólo no había pensado en casarse por segunda vez sino que nunca había tenido amoríos, ó al menos, si algunos había tenido, habían sido con tan maravilloso recato, que nadie se había enterado de ellos en Villalegre, lo cual es una inverosimilitud extraordinaria, porque en aquel lugar apenas había persona, y menos aún si era de tanta importancia y viso como D. Paco, que pudiera hacer ó decir cosa alguna que no se supiese. Hasta los mismos pensamientos se adivinaban allí, se divulgaban y se comentaban, como el pensador no pensase con mucho disimulo y muy para dentro. Debemos, pues, creer que D. Paco no había tenido amoríos, á no ser muy efimeros y livianos, y que ni siquiera, durante su larga viudez, había pensado en semejante cosa.

Tenia, sin embargo, notable aptitud y tino para conocer y admirar la belleza femenina, y hacia ya meses que, casi sin reparar en ello y muy

involuntariamente, cuando estaba de tertulia con el escribano y el boticario y con otros señores, en los poyos que había junto á la fuente, sus ojos se fijaban con morosa deleitación en Juanita la Larga, que aún solía venir á llenar su cántaro y á estar allí de charla con las otras muchachas mientras que le llegaba su turno.

Indudablemente D. Paco había empezado á sentir hacia Juanita viva inclinación, que era difícil de dominar; pero se le pasó bastante tiempo sin dar muestra exterior de que la sentía, anhelando acaso ocultársela á sí mismo por razones que él se daba.

Fundado en la propia modestia, que le hacía formar un pobre concepto de su persona, hallaba que con sus cincuenta y tres años, treinta y seis más que Juanita, no podía ya enamorar á la muchacha, la cual ó desdeñaría su cariño ó sólo por interés se movería á corresponderle. Pensaba luego que Juanita, aunque en aparente libertad, estaba muy vigilada por su madre, y como madre é hija vivían con cierto desahogo, no era de presumir que, si él tuviese intenciones pecaminosas, ellas cediesen, sino que en todo caso cederían *in facie Ecclesie* y llevando al cura por delante.

La idea de casamiento aterrorizaba á D. Paco, y no porque en absoluto le repugnase el estar casado, sino porque su hija, la señora doña Inés, le inspiraba un entrañable cariño, mezclado de terror, y porque ella era tan imperiosa como brava, y sin duda se pondría hecha una furia del

Averno si su padre le diese madrastra, sobre todo de tan ruin posición, y si á los siete nietos que ella le había dado, y á los que calculaba que podrían venir todavía, persistiendo ella en su actividad productora, quitase él la esperanza de heredar el majuelo, el olivar y la casa, y de gozar, en vida suya, de no poco de lo que él fuese granjeando con sus variadas artes.

Temblaba D. Paco de incurrir en el enojo de su hija, y aunque temblaba principalmente por el mismo enojo, no dejaba de recelar sus malas consecuencias.

Bien conocía él que no había en el lugar una persona ni varias juntas que pudieran reemplazarle con éxito en sus diferentes empleos; pero el mundo no estaba yermo ni falto de hombres de Estado rústicos, los cuales podrían buscarse y traerse de fuera del lugar para que á él le reemplazaran. Y bien conocía también que su hija era punto menos que omnipotente, porque tenía subyugadas ambas potestades, la temporal y la espiritual.

El padre Anselmo la tenía por una santa, y por una doctora, y cuanto ella decía era para él, sin poderlo remediar, un legítimo corolario de los Evangelios y de las Epístolas. El padre Anselmo sería capaz de excomulgar á quien ella le mandase. Y en lo tocante al brazo secular, era evidentísimo que doña Inés le tenía sujeto á sus caprichos y que aplastaría con todo su peso á quien ella quisiese.

D. Paco, en esta disposición de ánimo, razo-

nablemente motivada, aunque no hemos de negar que él era dulce, pacífico y algo débil de carácter, adelantaba en su imaginación los casos futuros, y presuponiéndose ya prendado de Juanita, declarado y aceptado, veía un tropel de males que salían del corazón enfurecido de doña Inés como de nueva caja de Pandora.

Pesaban tanto en su espíritu estas consideraciones, que, notando que su afición oculta iba creciendo, procuraba ó más bien se proponía huir de la vista de Juanita, no pasar por su calle para no verla en el portal ó asomada á la ventana; y no ir á la tertulia de los poyetes, bajo los álamos, para no tener que admirarla cuando charlaba con las demás zagalonas ó con los mozos en la fuente del ejido, ó cuando subía ó bajaba gallardamente, con el cántaro apoyado en la cadera, por la cuestecilla que se extiende desde la fuente hasta el lugar.

A pesar de sus prudentes propósitos de retraimiento, una fuerza, al parecer superior á su voluntad, le llevaba á veces á pasar por delante de la casa de Juanita más de lo que era necesario; á ir á la iglesia cuando él sabía que iba ella, con su madre, á misa ó á sus devociones; y á acudir á la tertulia de los poyetes casi todas las tardes.

Para Juanita, que se había pasado todo el día cosiendo y bordando en casa, era pretexto de solaz ó de paseo el ir casi al anochecer á la fuente por agua. Su madre encontraba que, en la posición algo señorial, desahogada y decorosa en

que ya imaginaba hallarse, y atendido el desenvolvimiento físico de Juanita, que había llegado á trasformarse de muchachuela en una magnífica y real moza, no estaba bien, y era darse poquisimo tono el ir por agua á la fuente como la más plebeya y humilde pelafustana.

Pero á Juanita le divertía este ejercicio, y tenía una voluntad indómita. A las observaciones que su madre le hacía daba oídos de mercader; acariciaba á su madre para vencer su oposición y disipar su disgusto, y seguía yendo á la fuente á pesar de todas las observaciones.





## VII

**U**NA tarde del mes de Mayo Juanita se entretuvo en la fuente en larga y alegre conversación con otras muchachas.

Ya anochecido, subía con su cántaro lleno por la cuesta, que en aquel momento estaba sola.

La tertulia de los poyetes solía, en primavera y en verano, durar hasta las ánimas, hora en que los tertulianos se retiraban para cenar y acostarse.

Aquel día D. Paco había estado haciendo esfuerzos, ó como si dijéramos, gimnasia con su voluntad para no ir á la tertulia y ver á Juanita. La lucha entre su voluntad razonable y su inclinación había durado bastante. Al fin, la voluntad sometida llevó, aunque tarde, á la tertulia de los poyetes á toda la persona de D. Paco.

La pícara casualidad hizo que, al bajar don Paco, subiese Juanita, según hemos dicho.

Era ya de noche. El cielo estaba despejado, pero sin luna. Las estrellas, si resplandecían en el éter infinito, vertían muy débil luz sobre la tierra. Acrecentaba la obscuridad, en el punto en que ambos se encontraron, algunos frondosos árboles que allí había y el alto vallado de zarzamoras y de otros arbustos que se extendía á un lado y á otro por casi todo el camino.

Juanita era muy distraída é iba además pensando en sus travesuras de muchacha. D. Paco era también distraído. El mismo no sabía en qué estaba pensando. Era, además, algo corto de vista. Lo cierto es que no repararon uno en otro al venir en opuestas direcciones, ni oyeron el ruido de los pasos. Chocaron, pues, y se dieron un buen empellón.

—Caramba, hombre—dijo Juanita—mire usted por dónde va y no camine á ciegas; por poco me tira el cántaro.

D. Paco, que conoció á Juanita por la voz, contestó con mucha dulzura:

—¡Perdona, hija mía. ¿Te he hecho daño?

Ella, que también conoció á D. Paco en seguida, replicó riendo:

—¿Qué daño me ha de haber hecho usted? Pues qué, ¿soy yo acaso de alfeñique?

—No, hija. Bien sólida y firme me pareces. Si en algo eres de alfeñique no es por lo quebradiza, sino por lo dulce.

—Entonces seré turrón de Alicante, dulce pero duro.

—Y vaya si me ha parecido duro.

—Si advirtió usted su dureza hablará sólo de su dulzura por adivinanza.

—Pues qué, ¿no podría yo probarla?

—Ya está usted viejo, D. Paco, y no podría meterle el diente.

—Pues te equivocas, que yo no estoy tan viejo, y tengo los dientes tan cabales y tan fuertes que, si se tratase de mordiscos, hasta en una piedra los daría. Pero yo no quiero emplear contigo sino más blandas y amorosas demostraciones.

—¡Ea, quite usted allá, Sr. D. Paco! ¿Qué demostraciones ha de hacer usted, si puede ser mi abuelo?

Y como D. Paco seguía plantado delante, atajándole el camino, Juanita continuó:

—Vamos, déjeme usted pasar. Si parece usted un espantajo. ¿Qué dirá la gente si le ve y le oye hablar aquí y requebrar en la obscuridad á una mocita? Capaz será de decir que ha perdido usted la chaveta y que ya no sirve para secretario del Ayuntamiento y consejero de D. Andrés.

D. Paco se apartó entonces y dejó pasar á Juanita, pero en vez de dirigirse hacia la fuente, se volvió, siguiéndola, hacia el lugar.

—¿Qué hace usted, señor? ¿Por qué no va á su tertulia? Todavía están en los poyetes el señor cura, el boticario y el escribano. Váyase usted á hablar con ellos.

—Ya es tarde, pronto se volverán y desisto de ir hasta allí. Prefiero volverme charlando contigo.

—¿Y de qué hemos de charlar nosotros? Yo no

sé decir sino tonterías. No he leído los libros y papeles que usted lee, y como no le hable de los guisos que mi madre hace ó de mis bordados y costuras, no sé de qué hablar á su merced.

—Háblame de lo que hablas á Antoñuelo cuando estás con él de palique.

—Yo no sé lo que es palique, ni sé si estoy ó no estoy á veces de palique con Antoñuelo. Lo que sé es que yo no puedo decir á su merced las cosas que á él le digo.

—¿Y qué le dices?

—Pues no quiere usted saber poco. Ni el padre Anselmo, que es mi confesor, pregunta tanto.

—Algo de muy interesante y misterioso tendrá lo que dices á Antoñuelo, cuando ni al padre Anselmo se lo confiesas.

—No se lo confieso porque no es pecado, que si fuera pecado se lo confesaría. Y no se lo cuento tampoco, porque á él no le importa nada, y á usted debe importarle menos que á él.

A todo esto, como iban á buen paso ambos interlocutores, habían ya subido la cuesta y se hallaban en el altozano, á la entrada del lugar, donde están la iglesia parroquial y las primeras casas.

—Déjeme su merced ahora—dijo Juanita,—y no venga, con perjuicio de su autoridad, acompañando á una chicuela que lleva un cántaro. ¡Pues no se enojaría poco la señora doña Inés, que tiene tantos humos, si viese á su señor padre sirviendo de escolta, no á una princesa como ella, sino á una pobrecita trabajadora!

—¿Qué había de decir? Diría que yo te estaba encomendando algún trabajo.

—No es esta hora ni ocasión para eso. Y por otra parte, no es á mí, sino á mi madre, á quien los trabajos se encargan. Acuda usted á ella si algo quiere encargar.

Y diciendo esto, apresuró el paso, hizo á don Paco un gesto imperativo, marcándole la calle por donde debía irse, y ella se fué por otra que formaba ángulo recto con la que D. Paco debía seguir.



## VIII

**U**CHO caviló D. Paco sobre aquel diálogo, midiéndolo é interpretando las palabras de Juanita.

Le había llamado abuelo pero con amable risa. Todos los hombres, abuelos y nietos, solemos prometérnoslas felices y casi siempre nos inclinamos á dar la más favorable interpretación á cuanto dicen las mujeres que pretendemos.

No se podía dudar, por ser cuestión de una ciencia tan exacta como la aritmética, que él hubiera podido ser el abuelo de Juanita. D. Paco hacía este cálculo.

Yo tengo cincuenta y tres años. De diecisiete á cincuenta y tres van treinta y seis; á los diecinueve años bien pude yo haber tenido una hija, y esta hija bien pudo haberse casado y tener á Juanita á los diecisiete.

Después sumaba D. Paco:

—Diecinueve más diecisiete, más otros diecisiete que tiene Juanita ahora, son cincuenta y

tres, que es mi edad: luego, muy descansadamente, pudiera yo ser el abuelo de esa pícara muchacha.

*E pur si muove*—proseguía, pues era hombre erudito hasta cierto punto, sabía un poco de italiano, porque había oído cantar muchas óperas, y conocía las palabras que se atribuyen á Galileo, así como varias otras sentencias expresadas en la lengua del Dante, verbi gracia: *Chi va piano, va sano, e va lontano*.

La primera sentencia aplicada á su situación quería significar que él, á pesar de poder ser el abuelo de Juanita, quería y podía ser otra cosa muy diferente; y la segunda sentencia, que también recordaba D. Paco, quería significar que él debía ir con tiento, con pies de plomo y sin precipitarse, porque no se ganó Zamora en una hora, y porque la muchacha no era muy arisca en el fondo, ni probablemente tan firme y dura de entrañas como, merced al encontrón que había tenido con ella, le constaba que era firme y dura en su juvenil superficie. Además, las esperanzas, lejos de desvanecerse, crecían en su pecho, hallándose más inverosímil abuelo que inverosímil amante. Para corroborar esta lisonjera afirmación, se contemplaba D. Paco en el espejo en que solía afeitarse, el cual, aunque era pequeño, no lo era tanto que no reflejase casi toda su persona. Él exclamaba al verla, como el pastor Coridón de Virgilio ó como el Marramaquiz de Lope:

¡Pues no soy yo tan feo!

Y verdaderamente, no era feo D. Paco, ni parecía viejo tampoco.

A las últimas palabras de Juanita dió D. Paco una interpretación lisonjera, pero acaso más comprometida de lo que él deseaba.

Al indicarle la muchacha que hablase con su madre y que le encargase la obra de costura que ella debía hacer, ¿no estaba claro que Juanita se mostraba propicia á entrar en cierto género de relaciones, aunque no á hurto, sino á sabiendas y con beneplácito de la autoridad materna?

Como quiera que fuese, D. Paco, sintiéndose prendado de Juanita, se allanaba á pasar por todo; pero se propuso, como hombre prudente, no aventurarse más de lo necesario y no soltar prenda por lo pronto.

A que él entrase en relaciones serias con Juanita y conducentes á la *buena fin*, se oponían dos consideraciones: era la primera la excesiva, sospechosa é íntima familiaridad que tenía Juanita con Antoñuelo, el hijo del herrador; y era la segunda la casi seguridad del furioso enojo de doña Inés cuando llegase á saber que él tenía un compromiso serio con Juanita. Doña Inés inspiraba á su padre terror pánico y siempre trataba de huir de su enojo como de una espada desnuda.

Su decidida afición á la muchacha saltaba, no obstante, por cima de los obstáculos, como un corcel generoso salta la valla que se le ha puesto para atajar su carrera.

En resolución, combatido D. Paco por hartos contrarios sentimientos, aunque se propuso no

desistir de la empresa que había formado de manera muy vaga, se propuso también proceder con la mayor cautela y ser lo más ladino que pudiese, aunque en estos negocios no le sucedía como en los negocios del municipio, y el ser ladino no era su fuerte.

Así discurrendo, pasó D. Paco revista á su ropa blanca. Vió que sólo tenía media docena de camisas bastante estropeadas y con muchos zurcidos. Y como esto era muy poco para él, persona de extremado aseo, que ¡cosa rara en un pequeño lugar! se ponía ropa limpia tres veces á la semana, decidió que estaba justificadísimo el mandar que le hicieran media docena de camisas nuevas, que le hacían muchísima falta. ¿Y quién había de hacerlas mejor que Juanita, que era la costurera más hábil de Villalegre? ¿Y quién había de cortarlas mejor que su madre, la cual, lo mismo que con el mango de la sartén en la izquierda y la paleta en la diestra, era una mujer inspirada con las tijeras en la mano y con cualquiera tela extendida sobre la mesa y marcada ya artísticamente con lápiz ó con jaboncillo de sastre?

Al día siguiente, decidido ya D. Paco, acudió muy de mañana á casa de Juana la Larga y le mandó hacer seis hermosas camisas de madapolán con puños y pecheras de hilo, ajustándolas á treinta reales cada una. Para ganarse la voluntad y excitar el celo de ambas Juanas, les llevó don Paco, envuelto en un pañuelo, y sin que los profanos viesan lo que llevaba, un cestillo lleno de

fresas, fruta muy rara en el lugar; y para mayor esplendidez, sacó además del bolsillo del holgado chaquetón que solía vestir de diario, nada menos que tres bollos del exquisito chocolate, que solía hacer doña Ines en su casa, y del cual había regalado á su padre una docena de bollos de á cuatro onzas cada uno.

Juana la Larga, que era muy golosa y muy aficionada á que la obsequiasen, aceptó el presente con gratitud y complacencia, pero como no era larga solamente de cuerpo, sino que lo era también de previsión, y si vale decirlo así, de olfato mental, al punto olió y caló las intenciones que D. Paco traía y sobre las cuales había ya sospechado algo.





## IX

**R**EZA el refrán que honra y provecho no caben en un saco; pero Juana la Larga, sobre ser honrada, rayando su honradez en austeridad para que se borrara la mala impresión de sus deslices juveniles, era además una matrona llena de discreción y de juicio, y sabía que el mencionado refrán se equivoca muy á menudo. Para ella, en el caso que se le acababa de presentar, en vez de no caber en un saco, el provecho no podía ser sin la honra y la honra tenía que producir naturalmente el provecho.

Si Juanita se dejaba camelar á tontas y á locas, se exponía á dar al traste con su reputación y á ser el blanco de las más feroces murmuraciones y á perder para siempre la esperanza de hallar un buen marido. Y todo ello por unas cuantas chucherías y regalillos de mala muerte. Mientras que si Juanita acertaba á ser rigida sin disgustar y ahuyentar al pretendiente, pero sin otorgarle tampoco el menor favor de importancia antes de

que el cura diese en la iglesia el pasaporte para los favores, convirtiéndolos en actos de deber y cargas de justicia, harto posible era que D. Paco se emberrenchinase hasta tal punto, que entrase por el aro rompiendo todo el tejido de dificultades que al aro pusiesen doña Inés y otras personas, y elevando á Juanita á ser legitimamente la señora del personaje más importante del lugar después de D. Andrés Rubio, el cacique.

Con tales pensamientos en la mente, á par que con notable destreza y desarrollando la cinta que estaba enrollada en una carretilla, tomó Juana á D. Paco las medidas convenientes. Estuvo con él más dulce que una arropía, y, aunque le dijo que no tenía que venir á su casa para probarse la primera camisa, porque cuando estuviese medio hecha ó hilvanada se la enviaría para la prueba, le convidó á que algunas noches, de nueve á once, cuando no tuviese nada mejor que hacer, viniese, si quería, un rato de tertulia á su casa, porque ni ella ni Juanita gustaban de acostarse temprano, y aunque estaban casi siempre solas, velaban hasta las doce. Juanita cosía ó bordaba; pero como esto se hace con las manos, su lengua quedada expedita y charlaba más que una cotorra.

—Yo—añadía Juana la Larga—no coso ni bordo de noche porque tengo perdida la vista, y así es que estoy mano sobre mano ó paso las cuentas de mi rosario y rezo. Si alguna vez está usted de humor, podemos echar juntos cuatro ó cinco manos de tute, que yo sé que á usted le agrada. Á mí me agrada también, pero mi mala suerte

y mis cortos medios no me permiten jugarle más que á real cada juego. Y aun así si le da á una muy mal, bien puede perder veinte ó treinta reales en una noche, como quien no quiere la cosa.

Ya se comprende que D. Paco aceptó el convite y fué de tertulia á casa de Juana: al principio de vez en cuando; al cabo de poco tiempo, todas las noches. Casi siempre jugaba al tute y perdía. Sus pérdidas podían evaluarse, una noche con otra, en una peseta diaria. Todo, no obstante, lo daba D. Paco por bien empleado.

Las camisas estuvieron pronto concluidas y D. Paco quedó muy satisfecho. En la vida se había puesto otras que mejor le sentasen.

No las hubiera hecho más lindas el camisero más acreditado de París. Las lustrosas pecheras no hacían una arruga; los cuellos eran derechos, á la diplomática, y los puños muy bonitos y para los botones que en el día se estilan. Juana le regaló, en compensación de los muchos regalos que de él recibía, un par de botones preciosos de plata sobredorada que mercó en la tienda del Murciano, tienda bien abastecida, y donde, según dicen por allí, había de cuanto Dios crió y de cuanto puede imaginar, forjar, tejer y confeccionar la industria humana: naipes, fósforos, telas de seda, lana y algodón, especiería, quesos, garbanzos y habichuelas, ajonjolí, matalauva y otras semillas. Casi eran los únicos artículos que allí faltaban las carnes de vaca y de carnero y toda la pasmosa variedad de sabrosos productos que resultan de la matanza y sacrificio de los cerdos.

Ya estuviesen hablando D. Paco y Juana, ya estuviesen jugando al tute, Juanita rara vez suspendía su costura ó su bordado; pero, sin suspenderlos, solía tomar parte en la conversación del modo más agradable. Nadie venía á interrumpir esta tertulia de los tres, salvo Antoñuelo, que escamaba mucho á D. Paco y le llenaba de sobresalto y mal humor.

Crecía éste de punto, porque, mientras que D. Paco estaba jugando al tute y Juana le acusaba las cuarenta, Antoñuelo se sentaba muy cerca de Juanita, en el otro extremo de la sala donde ella cosía, y ambos cuchicheaban con mucha animación y en voz tan baja, que D. Paco no podía pescar ni palabra de lo que decían. Con esto se ponía como sobre áscuas y muy alborotado y triste, sin que para ocultarlo le valiese el disimulo. Entonces D. Paco jugaba peor: solía tener rey y caballo del mismo palo y se le olvidaba acusar veinte, ó bien, si Juana le jugaba un oro y él tenía el as ó el tres, se le guardaba y no le echaba. Así es que las noches en que venía Antoñuelo á la tertulia, sobre la desazón que daba á D. Paco, le hacía perder un par de pesetas y hasta tres á veces.

Viniese ó no viniese Antoñuelo á la tertulia, Juana la Larga estaba siempre presente. Don Paco no hallaba modo de hablar á solas con Juanita, ni de abandonar á la madre é imitar á Antoñuelo, enredándose en cuchicheos con la hija.

Alguna vez que lo intentó, hablando bajo á Juanita, ésta le contestó alto, haciendo la conver-

sación general y despojándola de todo misterio.

Bien hubiera querido D. Paco, cuando Antoñuelo venía, rodear las cosas de suerte que le obligase á entretener á la madre, hablando ó jugando al tute con ella; pero Antoñuelo aseguraba que no sabía jugar al tute y daba á entender que nada tenía que decir á Juana.

Con frecuencia salía D. Paco tan cargado de esta tertulia que se proponía y casi resolvía no volver á ella ó al menos ir poco á poco retirándose. Pero ya había tomado la maldita costumbre de ir, y todas las noches, si lo retardaba algo, empezaban al toque de ánimas á hormiguarle y bullirle los pies, y ellos mismos, pronunciándose y rebelándose contra su voluntad, le llevaban á escape y como por encanto en casa de ambas Juanas.



## X

**P**RONTO notaron todos los vecinos, cundiendo la noticia por el resto de la población, las constantes visitas nocturnas de D. Paco; pero como Antoñuelo solía ir también, y entre D. Paco y Juanita había tan grande desproporción de edad, la gente murmuradora lo explicó todo suponiendo que Antoñuelo era novio de Juanita y que don Paco tenía ó trataba de tener relaciones amorosas con la madre, la cual, á pesar de sus cuarenta y cinco años y de los muchos trabajos y disgustos que había pasado en esta vida, apenas tenía canas, y estaba ágil, esbelta, y aunque de pocas, de bien puestas, frescas, apretadas y al parecer jugosas carnes.

La austeridad esquiva de Juana la Larga, durante muchos años, desde que tuvo su juvenil tropiezo, no pudo en esta ocasión eximirla de la maledicencia. La gente decía que al fin se había dejado tentar y lo daba todo por hecho. Cuando veía la gente que Antoñuelo y D. Paco iban á

las nueve á la casa y permanecían allí hasta cerca de las doce, no juzgaba aquella tertulia tan inocente como era en realidad y la calificaba de amor por partida doble.

Las bromas que sobre ello dieron á D. Paco algunos de sus amigos le soliviantaron bastante. Así es que, excitado, si bien no tenía derecho para pedir explicaciones, con más ó menos disimulados rodeos, y cuando Antoñuelo no estaba presente, se atrevió á pedir las y á indagar por qué venía Antoñuelo con tanta frecuencia y de qué trataba con Juanita en sus largos apartes y cuchicheos.

Ambas Juanas, sin alterarse en lo más mínimo y como la cosa más natural y sencilla, lo explicaban todo, afirmando que Juanita y Antoñuelo eran exactamente de la misma edad, se habían criado juntos desde que estaban en pañales y podían considerarse como hermanos.

Añadían ambas que Antoñuelo era travieso, y muy tronera, que daba á su padre grandes desazones, que de él podían temerse mayores males aún, y que á Juanita ni remotamente le convenía para novio, pero que ella no acertaba á prescindir del cariño fraternal que le tenía, ni á prohibirle que viniese á verla, ni á dejar de darle buenos consejos y amonestaciones, los cuales eran el asunto de los cuchicheos.

Don Paco aparentaba aquietarse al oír tal explicación, pero en realidad no se aquietaba; y mostrando el verdadero interés que el buen nombre de Juanita le inspiraba, insinuaba que, aun-

que todo fuese moral é inocentísimo, convenía, á fin de evitar el qué dirán, no recibir á Antoñuelo con tanta frecuencia.

Los sermones que predicaba D. Paco, más que morales, conducentes á conservar el decoro de Juanita, no se puede decir que fueron predicados en desierto. Poco á poco dejaron de menudear las visitas de Antoñuelo; sus cuchicheos con Juanita se acortaron, y al fin cuchicheos y visitas vinieron á ser raros.

Esto dió ánimo á D. Paco. Creyó notar que se prestaba dócil oído á sus cariñosas reprimendas, y se atrevió á predicar también sobre otro punto.

En extremo gustaba él de ver á Juanita charlar en la fuente ó subir la cuesta con el cantarillo en la cadera ó con la ropa ya lavada sobre la gentil cabeza, más airosa y gallarda que una ninfa del verde bosque, y más majestuosa que la propia princesa Nausicaá, que también lavaba la ropa cuando, sin desconcharse ni echar las ínfulas por el suelo, solían hacerlo las princesas, allá en los siglos de oro.

D. Paco, que tenía, según hemos apuntado ya, entendimiento de amor y de hermosura, se quedaba extasiado contemplando el andar de la moza, que no tenía el liviano, provocativo y sucio movimiento de caderas, y los pasitos menudos que suelen tener las chulas, sino que era un andar sereno, á grandes pasos, noble y lleno de gracia, como sin duda debía de andar Diana Cazadora, ó la misma Venus, al revelarse al hijo de Anquises en las selvas que rodeaban á Cartago.

En Villalegre se gastaban corsés y hasta era Juana la Larga quien mejor los hacia; pero la indómita Juanita nunca quiso meterse en semejante apretura ni llevar aquel cilicio que para nada necesitaba ella, y que entendía que hubiera desfigurado su cuerpo. Sólo llevaba, entre el ligero vestido de percal y sobre la camisa y enaguas blancas, un justillo ó corpiño, sin hierros ni ballenas; zona que bastaba á ceñir la estrecha y y virginal cintura, dejando libre lo demás, que derecho y firme no había menester de sostén ni apoyo.

En el espíritu de D. Paco pudo, sin embargo, más que el deleite de ver á Juanita en la fuente ó volviendo del albercón, la idea de que, estando ya muy remotos los siglos de oro, no era posible imitar á la princesa Nausicaá sin rebajarse ó avillanarse demasiado; y así, aconsejó y amonestó tantas veces y con tan discretas razones á Juanita para que no fuese á la fuente, apoyándole siempre la madre de ella, que Juanita cedió al cabo y dejó de ir á la fuente y al albercón, trayéndose además de otros varios ejercicios y faenas que no son propios de una señorita.



## XI

**D**OÑA Inés López de Roldán distaba mucho de ser una lugareña vulgar y adocenada. Era, por el contrario, distinguidísima; y, en su tanto los méritos mirados, ó sea guardando la debida proporción, pudiéramos calificarla de una princesa de Lieven ó de una madame Récamier aldeana. Su vida no pasaba ociosa sino empleada en obras casi siempre buenas y en fructuosos afanes. Su caridad para con los pobres era muy elogiada, ayudándola en este ejercicio el señor cura y el Sr. D. Andrés Rubio. No descuidaba ella por eso el gobierno de su casa, que estaba saltando de limpia, y todo muy en orden, á pesar de los siete chiquillos que tenía, el mayor de ocho años; pero como la casa era muy grande, á los cinco mayores, entregados á una mujer ya anciana y de toda confianza, los tenía en el extremo opuesto de aquel en que estaba ella, á fin de que no turbasen con sus chillidos y gritaría, ya sus solitarias meditaciones, ya sus lecturas, ya